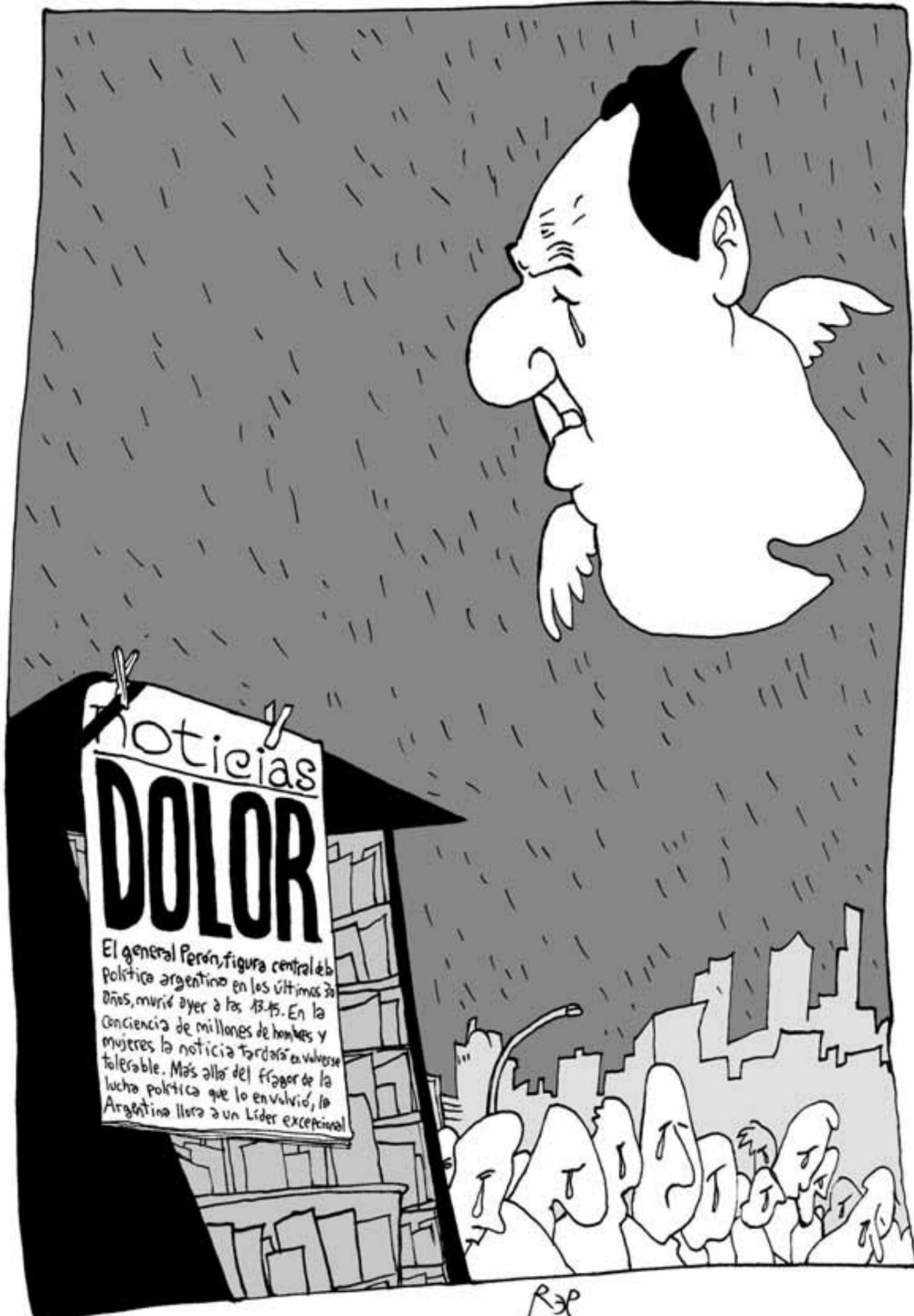


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

126 Perón muere (relato)



1
Entre el 30 de junio y el 1º de julio hay un salto. Hay que saltar porque no hay 31 de junio. No existe. Si uno, al venir al mundo, pudiera pedir algo al Gran Ausente, en caso de que, por una de esas, lo encontrara en algún atajo, en alguna senda perdida, debiera pedirle morir un 31 de junio. Aceptada, esa petición nos haría inmortales. Nadie puede morir un 31 de junio porque ese día no está en el calendario. Y uno siempre se muere en el calendario, nunca afuera. Uno siempre se muere en una fecha que, más tarde, los que lo recuerdan, si es que alguien lo recuerda, conmemoran. “Hoy, hace 15 años, se murió ese perro mal parido de Pedro Marquesino, que en paz descanse. Gran traidor, mal bicho al extremo, supo ganarse el odio de todos quienes lo conocieron. El día de su muerte hubo bailes alrededor de su tumba y sexo impúdico y sacrilego en la capilla en que lo velaron. Cuando dos o tres de sus familiares arrojaron tierra sobre el cajón fueron superados por los escupitajos de casi todos los presentes.” El que se muere, pierde. Siempre el que permanece vivo se siente superior. “Reventaste, idiota. Te dije: no fumés tanto.” El que queda vivo infaliblemente encuentra en el que muere la razón que lo hizo morir, un motivo, una deficiencia de la que él carece. “Fumaba mucho.” “Chupaba como un loco.” “Era un drogón.” “Se cogía todo. No se puede. Al final el cuore te traiciona.” O también: “¿De qué murió?” “De cáncer de pulmón.” “¿Fumaba mucho, no?” “No.” “No puede ser.” “Enterate, aunque vos no fumés igual te puede alcanzar un bruto cáncer de pulmón y chau, a cantarle a Gardel.” Nadie se esconde de la Muerte. Está dentro de nosotros. Está en uno de los pliegues interiores de nuestro cuerpo infinito y traidor. Cualquier día, a cualquier cosa insignificante le da fiaca, no trabaja más, no te bombea, o trabaja demasiado y te llena de células cretinas, malas, que te invaden y te colonizan y terminás peor que Atahualpa o Túpac Amaru, colonizados por Pizarro y Cortés, que eran, para ellos, no la Muerte, sino la epidemia evangélica y codiciosa que no deja nada en pie.

Perón no pudo esconderse en el 31 de junio. Le habría sido imposible. Saltó del 30 al 1º de julio. Nadie lo esperaba. Todos lo esperaban. Nadie quería que sucediera. Si se moría el Viejo se podría todo. Subí al *Rayo de Sol* a las 20.45 del 30 de junio. El *Rayo de Sol* era un tren hermoso. Todavía conservaba rasgos del Imperio Británico en sus camarotes y el salón comedor. Me acomodé en mi camarote. Lo compraba entero: las dos camas para mí. No quería a nadie durmiendo en mi mismo y privativo ámbito. Admito que tenía un arreglo con los vendedores de boletos. Les pagaba una cama y un poco más y me daban el camarote completo. Reservaba el primer turno para el salón comedor. Esa noche comí con un flaco que no paró de hablar sobre lo bello que era el viaje en tren. Le dije que no. Que era mejor el avión, que llegaba a Córdoba en dos horas y ya estaba, el viaje había concluido. Me preguntó por qué no viajaba en avión.

—Porque tengo miedo —confesé. Me miró con cara rara. Dije—: ¿Te llama la atención? ¿Dónde vivís vos? ¿En Suiza? ¿No sabés que en tu país matan gente todos los días? Bueno, eso me produjo una especie de neurosis de muerte. Viajo en tren. También se puede morir en un tren. Pero tiene que ser en el Oriente Express y en una novela de Agatha Christie. No es el caso.

—¿Tanta gente matan? —se preocupó.

—Qué sé yo. Uno es un perejil. Se entera de lo que puede. Pero seguro son más.

—¿Y por qué? Yo no estoy metido en nada.

—A veces, eso es peor. Matan perejiles sueltos para asustar a todo el mundo. Crear el terror. —Tomé el café. Me levanté y me fui. Antes le dije—: Que duermas bien. Y olvidate de lo que te dije. ¿Vos no estás en nada? Decime, ¿qué es no estar en nada?

—No me meto en política.

—Ah, sí. Lo malo de la política... —Había tomado bastante vino para dormir bien—. Lo malo de la política es que, aunque uno no se meta con ella, ella suele meterse con uno. ¿Qué joda, no? Vivís en la Argentina vos, ¿o me equivoco?

—No, vivo aquí.

—¿Y todavía no te diste cuenta, viejo? Esto es un páramo. Los fachos del peronismo están desbocados. Matan a cualquiera. Y lo peor ni empezó.

—Pero gobierna Perón. Va a imponer el orden.

—Perón se está muriendo, salame. Y ahí nos quedamos a la deriva.

No sé si durmió esa noche. Raro que lo haya hecho. Fui cruel con él. Pero estos tipos que creen que guardándose, no metiéndose en nada, son ángeles fuera de las batallas de las fuerzas infernales, siempre me reventaron, duro con ellos. Tirarles la realidad por la jeta y que se hagan cargo del Tremebundo Cagazo Que Atraviesa el País de un Extremo al Otro.

2

El *Rayo de Sol* llega a horario. O casi: entre las 7.30 y las 8 de la mañana. El Hotel Sussex (a veces voy al Sussex, a veces al Crillón) está a cuatro cuadras de la estación de trenes, frente a la plaza principal, frente al Departamento de Policía, lugar temible ahora, donde seguro se planeó el *navarrazo*, donde se tortura,

donde se hacen listas negras, donde se anotan en hojas cuadrículadas de oficio muchos nombres, todos de futuros cadáveres. Camino las cuatro cuadras, alguien lleva la valija a mi habitación y voy a tomar un capuccino a la barra de don Tomás, el barman. Siempre hay un barman en un hotel como el Sussex. El barman es un hombre que —además de servir bebidas— tiene que ser sabio, saber escuchar a los melancólicos, a los tristes sin retorno y aconsejarlos, si tienen ganas. A menudo, el cliente sólo quiere que lo escuchen. Ahí, don Tomás sólo escucha, pone la oreja y, con gran arte, se dedica a embriagar a su cliente. Después lo envía a dormir. Otras veces lo aconseja. Ahí la cuestión es más complicada. Pero don Tomás también la domina. Sus consejos apuntan al mismo fin que su arte de escuchar: mandar al cliente a dormir. Mientras les habla de los caminos seguros para evitar los dolores de la existencia o poder sobrellevarlos les va llenando una copa tras otra. Al rato, el cliente se retira. Don Tomás lo sabe: si duerme bien mañana será otro día y verá el mundo de otro modo. Creo que no es tan sencillo, pero nunca lo pude vencer.

—¿Está muy enfermo el general? —dice. Supone que yo debo saberlo por el sencillo trámite de venir de Buenos Aires. Le digo que no sé. O que sé tanto como cualquiera.

3

Ella está en un bar de la avenida Colón. Nos habíamos citado a las 9.30. Ella es alta, pelirroja, bonita, inteligente, tendrá unos treinta y cinco años, tiene largas piernas y tiene la alegre costumbre de exhibirlas con una generosidad que la muchachada agradece. Miguel suele decir: “Muestra gamba que da gusto”. Se llama Rosa Ferrero y es licenciada en Sociología. Sé que está en la JP Lealtad y no sé cómo hizo para ligar el decanato de Sociología en la Universidad de Córdoba. Me invitó a dar una conferencia. Desde la calle, antes de subir a la vereda, miro bajo la mesa y ahí están sus ya legendarias piernas. Las tiene abiertas como si, feliz, se distrajera practicando equitación, o como si el más fogoso de los amantes estuviera a punto de penetrarla y ella dispuesta a recibirlo con jubiloso beneplácito. Me digo: “Tranquilo. Vos venís aquí a dar una conferencia. Ella es una mina importante y, sobre todo, es demasiado, para qué negarlo, debe andar con algún jerarca del partido o un banquero que financia la revolución en América latina”. Me recibe con una gran sonrisa. Me da un beso en la mejilla, aunque un poco obscenamente cerca de la comisura de la boca. Sospecho que disfruta calentando a los pobres giles para los que, sabe, es imposible. Le pregunto a qué hora es la conferencia. A las seis de la tarde, dice. Pido un café. Me dice que no. Que se tiene que ir. Que quiere mostrarme el decanato. Que me espera al mediodía.

—¿De qué vas a hablar?

—De lo que me pidas.

—Ese artículo tuyo sobre la conducción se comentó mucho por aquí. Desarrolló algo de eso. —Sonríe con unos dientes grandes y abrumadoramente blancos—: No falles. Sé puntual. Hoy tengo un día de los mil demonios.

Se va. No hay hombre que no le mire el culo a una mujer que se va. Ella lo sabe, gira, sonríe y parece preguntar: “¿Te gusta?”. O eso me parece a mí. Creo que mis ideas sobre Rosa Ferrero se están precipitando peligrosamente. La mina tiene prestigio. Es seria. Me lleva tres o cuatro años. Me prohíbo cualquier idiotéz. Sólo me hundiría en un papelón sin retorno.

Al mediodía estoy ahí. En la gran puerta del decanato Rosa ha hecho colocar un cartel insoslayable. Dice: *Todo en su medida y armoniosamente*. Eso significa: aquí estamos con Perón, la revolución es paciencia, es pacífica y, si la sabemos hacer, hasta puede ser hermosa. Entro. El clima no es bueno. Rosa Ferrero va de un lado a otro. Habla por teléfono. A cada rato pregunta: “¿Está confirmado eso? ¿Con qué fuente se maneja usted? No, no, hay que esperar”. Se me acerca y me besa. Tiene los ojos acuosos y unas ojeras súbitas se le han dibujado entre violáceas y algo amarillentas. Se ve pálida.

—Dicen que Perón se está muriendo —me informa—. ¿Vos podés creerlo? ¿Tenés alguna idea de lo que puede pasar en este país si el General se muere?

—¿Tenés un café? —digo.

—¡Un café para el profesor! —ordena—. ¡Rápido!

—Tranquila, Rosa. No tengo apuro.

—¿Tranquila? ¿Cómo mierda querés que esté tranquila? ¿Vos estás tranquilo?

—Hasta que se muera, sí.

—Tenés razón. Acompañame.

Se mete en un recinto más privado. La sigo. Ahí me alcanzan el café.

—No nos conocemos mucho —dice en tanto se sienta en un sillón y cruza las piernas—. ¿Sabés por qué te invité?

—Ni idea.

—Sos muy inteligente. El peronismo te necesita.

—Más lo necesita a Perón.

—No te hagas el boludo. A los intelectuales como vos, también.

—Rosa, no te engañes. Salvo para sí mismo, nadie es imprescindible.

Descruza las piernas. No lo sabe, pero está prefigurando

—veinte años antes— la consagratoria escena de Sharon Stone en *Bajos instintos*. De pronto, dice:

—Oíme, hombre inteligente. No tratés más de mirarme la concha cada vez que cruzo o descruzo las piernas. Uso bombacha. Vas a perder el tiempo. Y no estamos para darnos esos lujos.

Me pongo en pie y la amable taza de café cae al piso. Se hace añicos.

—Rosa, si no estamos para darnos esos lujos, terminala con tus benditas piernas. Los hombres estamos hechos así. Si una mina cruza alevosamente las gambas como vos, miramos. Creo que lo sabés y lo hacés a propósito. Es una forma de dominio.

—¿Qué edad tenés?

—Treinta y uno.

—No sos ningún pendejo. Pero tenés pinta de pibe.

—Será así nomás. Seré un pibe. Vos, en cambio, tenés pinta de mujer de mundo.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué cogí mucho?

—Algo más complejo que esa tontería.

Se queda unos minutos sin hablar. Piensa. Cuando piensa parpadea velozmente y uno mira y advierte que tiene unas pestañas larguísimas.

—No vas a poder hablar de la conducción. ¿De qué conducción vas a hablar? —Si Perón se muere, no. Pero todavía vive. Y si se muere, voy a hablar del país que se viene.

—¿Cuál?

—El de la pelea a muerte por la herencia.

—Lo va a heredar el pueblo. No, no me hagas caso. No lo va a heredar nadie. El vacío lo va a heredar. El silencio de las tumbas.

—Se va a armar una guerra entre los distintos grupos armados. Las patotas de los fachos y las orgas guerrilleras.

—¿Y nosotros?

—En el medio, como pelotudos. Como blancos fáciles.

—Como Mugica.

—Como Mugica. Quedarse en el medio es lo peor. Te matan de los dos lados y se culpan unos a otros. Mientras tantos, vos, fiambre.

—¿Fuiste al sepelio de Mugica?

—Claro.

—Nunca vi un muerto más pálido.

—Sin embargo, sonreía.

—¿Vos lo viste sonreír?

—Sí, sonreía.

—De boludo, viejo. Te boletean y sonreís. Dónde está la gracia. ¿La viste llorar a Alcira Argumedo? Le quedaban lindos esos ojos verdes humedecidos. Toda mina con lindos ojos, si llora, mejor.

¿Creés que fueron los montos?

—No, fueron los servicios.

—¿Y si fueron los montos?

—No fueron los montos.

—Sos amigo de Alcira.

—Dimos juntos una materia en el verano. Teoría y método en Ciencias Sociales.

—¿Se te tiró?

—¿Qué? Ni por joda.

—¿Creés que se acostaba con Mugica?

—¡Qué sé yo! ¡Terminala con las preguntas!

Volvemos al decanato. En ese momento empieza a hablar Isabel. Rosa Ferrero está petrificada. A su lado, ni siquiera escucho su respiración. Son las 14.05.

—*Al pueblo argentino* —dice Isabel—. *Estamos viviendo horas aciagas, circunstancia que debe retemplar el espíritu del pueblo argentino en un sentido de verdadera unidad nacional.*

Hace una pausa. El silencio es frío, helado. Ese decanato es una cripta. Rosa ha unido sus manos bajo el mentón. Parece rezar. Yo miro fijamente un punto negro en la alfombra. Uno —en momentos así— se concentra en algo nimio. Se deja devorar por un objeto o una marca, un raspón en un mueble. O eso: una mancha en la alfombra. Isabel sigue:

—*El presidente de los argentinos ha dado...*

No bien dice *ha dado*, Rosa Ferrero grita con toda la potencia de su alma herida, atormentada. Con todo el miedo que la historia acaba de arrojarle encima, como si buscara sepultarla.

—¡Se murió!

Ignoraba que una mujer podía llorar de ese modo. Una mujer o cualquier ser humano. Desconocía por completo esa intensidad del llanto. Se abraza a mí, apoya su cabeza en mi hombro y sigue llorando. Una vez más, la escucho decir:

—Se murió.

Pero ya no es un grito. Es un lamento. Un largo sollozo que termina en un gemido triste, doliente. No sé qué hacer. Pienso: esto es espantoso, se murió Perón, el país se va a la mierda, la sangre va a inundar las alcantarillas. Sin embargo, Rosa sigue llorando en mi hombro y me abraza con fuerza y se me adhiere como si buscara mi calor, compartirlo. O, al menos, aplacar ese frío de muerte que se le ha metido en el alma. La cosa es que casi le agradezco a Perón la mano que me da. Para mí, la primera consecuencia de su muerte es buena: Rosa se estrecha a mi cuerpo y llora sobre mi hombro. Para todo hombre, que una mujer esconda su cabeza entre su hombro y su cuello y le lllore ahí las más tristes lágrimas es una gloria, un triunfo, un orgullo de varón. Es lindo tenerla así. La vida te saca una cosa y te da otra.

Me había sacado a Perón y me había tirado encima a Rosa Ferreiro, a mis brazos, llorando inconsolablemente. Cada vez –sin darme cuenta, creo– la aprieto más contra mí. Siento sus pechos calientes, grandes. Empiezo –para calmarla– a pegarle palmaditas en la espalda. Porque llora y tose. Aunque tanto no tose. Más bien, llora. Yo tengo la cabeza en blanco. Los otros que andan por el decanato también lloran o explican una y mil cosas a la vez. Isabel sigue hablando. Ahora ella también llora. De pronto me domina el pánico: tengo una erección. Uno nunca termina de firmar un buen acuerdo con su propio cuerpo: ahora sí, ahora no. A veces está en la cama con una buena mina, es el momento y el compañero nada, se tira a chanta. Ahora –en medio de esta tragedia– el compañero decide expresar su felicidad. Carajo, es el papelón del siglo. Busco apartarme. Pero ella sigue pegada a mí como una ventosa. Y llora, y tose. Menos, pero tose. Le vuelvo a pegar palmadas. Súbitamente, se aparta:

–Pará, boludo. Estoy llorando. No tengo una pulmonía.

–Perdoná, son los nervios.

–¿Qué nervios? Si serás pajero. ¿O soy idiota yo? Perón se muere y a vos se te para. ¿No te da vergüenza?

–No.

–¿Cuánto hace que no cogés?

–Bastante. Pero hoy podría cortar la racha.

Se larga a reír. Todos la miran como si se hubiera vuelto loca.

Me da un beso de amiga, cálido, bienvenido.

–Me habían dicho que eras medio piantado.

–Es el pánico, Rosa. El ingenio del terror. Pero, además, créeme, estos días, como el de hoy, el día en que se muere Perón, son ideales para enajenarse con el sexo.

Suena un teléfono. Alguien atiende. “Un momento”, dice.

Mira a Rosa: “Para usted, señora decana”. Rosa atiende. Escucha un buen rato. Cada vez se la ve más pálida. No dice palabra alguna. Cuelga. Me clava los ojos:

–¿Andate, José! Andate ya mismo.

Mira a todos los demás y hace estallar una frase que (a mí, lo confieso, me sonó inverosímil):

–¿Compañeros, hoy el ERP toma Córdoba! –Gira hacia uno de sus colaboradores–: Sergio, llevalo a Feinmann al hotel.

Se me acerca, me da un beso.

–Rajate, compañero. Lo que aquí se va a armar hoy cuanto más lejos te agarre mejor.

Me voy. No me animo a decirle: “Rosa, el que te dio esa información te miente. El ERP no puede tomar Córdoba. No lo pudo frenar al comisario Navarro. No pudo defender a Obregón Cano y Atilio López. No tiene gente para tomar Córdoba. ¿Quién te llamó? ¿López Rega tratando de crear el pánico nacional?”.

Sergio tiene un Citroën destartalado. Subimos. Me lleva hasta el Sussex. Llegamos, abro la puerta.

–Suerte, compañero –me dice–. Lástima que nos hayamos conocido en un día como hoy.

–No te preocupes –le digo–. Cualquier otro en que nos volvamos a ver va a ser peor.

Se va. Me digo: “¿Por qué le dije algo tan pesimista? ¿Por qué me salió esa frase de mierda?”. Porque era la verdad. Todo lo que vino fue peor. Subo a mi habitación. Hay una tele. Pero prefiero encender la radio. Tiene dos parlantes, uno a cada lado de la cama. La cama es de dos plazas. Me tiro boca arriba. Lo primero que escucho es la voz de López Rega:

–*Al pueblo argentino: con gran pesar, debo confirmar al pueblo argentino la infauستا noticia del paso a la inmortalidad de nuestro líder nacional, el General Perón.*

Qué sucio cretino. No bastaba con que Isabel anunciara al país la muerte del General. Tenía que aparecer él, el payaso de la Corte, el monje umbandista, el Rasputín del Tercer Mundo, para *confirmarla*. Con gran pesar debo confirmar que el General se murió. Ahora pueden estar seguros. Lo dije yo. Que, como todos saben, tuve el poder sobre el General y sobre la Chabela y sobre ella lo sigo y lo seguiré teniendo. Así que, estimados y futuros cadáveres, ya lo saben. De ahora en más: aquí mando yo. El heredero, el que aguantó años de humillaciones, de servidumbre, el que tuvo que meter su mano en el culo viejo y adolorido del General, el que le lustró los zapatos, el que le ató minuciosamente los cordones, el que se fijaba una o dos veces por día si en su mierda había sangre, el que consiguió pasar el espíritu de Evita al de Isabel, el que arregló con la P2, con la CIA, el que les preparó la celada a los zurdos en Ezeiza, el campeón mundial de los trabajos sucios, yo, López, estoy presto, ansioso y, sobre todo, sediento de sangre, con hambre de cadáveres. Quiero la masacre, ya. ¡Que empiece el show!

Llamé al boletero del *Rayo de Sol*, viejo amigo mío. Le dije que me iba ese día. Que me reservara un camarote. Te reservo lo que puedo, contestó. No te imaginás lo que es hoy viajar a Buenos Aires. Los sindicatos avisaron que van a ocupar todo el tren. ¿Te imaginás? Y no van a venir los jerarcas. Esos se van en aviones privados. Van a venir todos los peronchos. Van a asaltar el tren. Se lo van a morfar.

–Bueno, vos reservame algo. Tengo que viajar esta noche.

–Venite a eso de la 11. Dudo que salga antes.

Cuelgo. Otra vez me tiro sobre la cama. Enciendo un pucho

tras otro. Y ahí estoy. Ahí pasé la tarde más triste de mi vida.

Devorándome deliberadamente todo lo que decían los locutores, los entrevistados, los visionarios, los apocalípticos, los profesionales de la esperanza, los curas, los obispos, los médicos, los cantantes, Favio, Hugo del Carril, Donald, la farándula, Pinky, Cacho Fontana, Mirtha Legrand, Niní Marshall, Fidel Pintos, Luis Brandoni y muchos, demasiados más.

4

Por fin, llega la noche. Me cambio de pilcha, me meto en el ascensor y llego al lobby. De ahí, al bar. ¿Cómo describir esto? Nunca en el exquisito despacho de bebidas de don Tomás hubo tantas sombras. La única luz era la del bar. Una luz escueta, menguante, llorosa. Había un tipo sentado a la barra. Don Tomás estaba recostado contra la vitrina de las bebidas. Conseguía sentarse en el borde de buena madera y ahí apoyaba las manos. Me senté en otro taburete. Cerca de los dos: del cliente y de don Tomás. El tipo tomaba un whisky. Yo le pedí otro al mítico jefe del lugar.

–Sin hielo.

Creo que estuvimos media hora en silencio. No había ninguna radio, no llegaba ningún sonido. Estábamos aislados de todo. De pronto, el tipo levanta su mirada del fondo de su vaso de whisky, lo mira a don Tomás y pregunta:

–¿Y, don Tomás? ¿Qué me dice?

Don Tomás no vacila. La tenía lista la respuesta. La tenía pensada, masticada. Con voz grave pero no solemne. Verificando un hecho. Expresando la más honda de sus certidumbres, dice:

–Que no hay Dios. Eso le digo.

5

La estación de trenes es un caos. Desborda peronchos desde todos sus ángulos y también desde el medio y hasta desde las entrañas de la tierra. Es como estar en medio de una película. Por ejemplo: cuando Bogart, en *Casablanca*, se va de París. No llueve, pero el resto es igual. O no tanto: por aquí no se ven franceses. Los morochos peronistas –si uno tuviera que precisar un poco las cosas– están más cerca de Dooley Wilson que de Humphrey Bogart. Hay gritos estridentes, puteadas de todo tipo, llegan de un lado y de otro fragmentos de la marcha peronista. Pero no se ven brazaletes verdes. O sea, no son guerreros de la Juventud Sindical. Eso me tranquiliza. Consigo mi boleto y subo al tren. Entro en mi camarote.

–¿Quién es? ¿Qué pasa? –dice alguien que está a punto de romper la marca mundial del miedo. Lo miro. Es mi compañero de viaje. Un hombrecito con traje marrón, con bigote, con pelada, con tiradores que le asoman bajo el saco, con los ojos muy abiertos y hasta bastante transpirado, algo que denuncia su frente brillante, su pelada húmeda y sus labios carnosos y entreabiertos desde los que una insidiosa línea de saliva se deja caer hasta hundirse en su camisa.

–¿Por qué tiene tanto miedo? –pregunto en tanto acomodo mi valija.

–Cierre la puerta. ¡Rápido! ¡Cierre!

Cierro la puerta e insisto:

–¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? ¿O es sólo un poderoso cagazo el que lo tiene así?

–¿Cómo quiere que esté? ¿No se da cuenta de lo que pasa?

–Dígame lo usted.

–El tren está invadido por los negros peronistas. Mire el escándalo, el caos que ya están armando. Y ni siquiera salimos. ¡Lo que va a ser esto durante la noche!

–¿Usted no está afiliado al Partido Justicialista?

–¿Está loco? No me ofenda.

–Trato de tranquilizarlo. Lástima que no se afilió antes de tomar el tren. Le habrían dado un carnet. Si a la madrugada los negros asaltan nuestro camarote para robarnos o algo peor, usted les muestra el carnet. Se da cuenta. Usted es un compañero peronista.

–Nunca voy a ser un compañero de esos vagos.

–Bueno, pero salvaría la vida.

–No exagere. No nos van a matar, supongo.

–Supone bien. Quédese tranquilo. Son negros, pero son buenos.

–Dígame algo.

–Sí.

–Yo me pregunto: ¿ahora qué van a pedir? ¿Se murió Perón, no? Ya está. No pueden pedir nada más. Siempre quisieron a Perón. Bueno, Perón no está más. Está muerto. Ahora se acabó. ¿Se acabó, no?

Me siento a su lado. Decido empezar a decirle algo serio, algo hiriente, algo burlón, algo –sobre todo– que otra vez lo asuste, pero alguien golpea la puerta.

–Tranquilo. ¡Cuidado! –dice.

–¡Camarero! –llega una voz desde afuera. Me dispongo a abrir la puerta. Me detiene. Me agarra de un brazo y hasta me clava sus uñas de pequeño, muy pequeño burgués aterrorizado.

–¿Y si no es el camarero?

–Basta, no joda más. Viajo en este tren dos veces por mes. Le conozco la voz a todo el mundo.

Abro la puerta. Es el camarero.

–¿Turno para el comedor?

–¡Yo no! ¡Nada!

–Anóteme en el primer turno –le digo.– ¿Va muy lleno el vagón comedor?

El camarero, entre triste y resignado, sonrío.

–No se imagina lo que es eso. Los pibes de los sindicatos invadieron todo. Yo le anoto el turno, pero no le puedo asegurar mesa. Si la toma o no, es asunto suyo.

–Dentro de un rato estoy ahí. Algo voy a conseguir. Tengo hambre.

Busca con su mirada a mi compañero:

–Usted, señor: ¿seguro que no va a comer?

–¡No! Y cierre la puerta.

–Mi amigo está un poco nervioso –le confío al camarero.

–Un poco loco, diría yo. Oiga, usted es cliente. ¿No quiere que lo cambie? Siempre se puede hacer algo.

–No, me quedo aquí. Va a ser más divertido.

Le doy una buena propina y se va. Cierro la puerta. Le pego un cachetazo, de refilón, en la pelada:

–No sea bolastrún, hombre. Me hizo pasar un papelón con el camarero.

–¿Y por eso me tiene que pegar?

–¿Que yo le pegué? No delire. Fue una caricia en la pelada.

–Algo más que eso.

–Sí, se merecería algo más que eso. ¿En qué estábamos?

–¿Qué sé yo?

–Ah, sí: ¿qué supone usted que se acabó con la muerte de Perón?

–¿Cómo qué se acabó? El peronismo. Se acabó el peronismo.

–¿Y con eso, qué?

–Vamos a poder hacer un país en serio. Para la gente honesta.

Se les va a poner un freno a los sindicatos. Y... Se va a hacer eso que él, que los alentó, no pudo. Terminar con la guerrilla. Pero con el Ejército Argentino. Como se debe.

–¿Se vienen buenos tiempos, no?

Respira aliviado. Por primera vez se da cuenta. No hay duda: el futuro es promisorio. Digo:

–Siempre y cuando lleguemos a Buenos Aires. Porque... Fíjese: es rara la vida. El peronismo murió. Se murió Perón y listo. Se acabó el peronismo. Pero ahora, en este momento y durante toda la larga noche, usted y yo vamos a viajar en un tren atestado de peronistas. Y viajamos en camarote. Donde viajan los que tienen guita. Póngale la firma: a las tres de la mañana nos asaltan. Rompen todas las puertas, se nos llevan la ropa, nos dejan en pelotas y a uno que otro le rompen bien roto el culo.

–¿Usted cree?

–Más que eso: estoy seguro.

–Miente: si creyera eso no estaría aquí. Habría saltado por la ventanilla.

–Le voy a confesar algo. ¿Puedo?

–Sí.

–Desde pibe, siempre, durante toda mi vida tuve un sueño.

Que un negro grandote me rompiera el culo. ¿Usted no?

Me voy al salón comedor. Todavía lo oigo cerrar la puerta y apoyar algo –una valija, creo– contra ella. Queda a la espera.

6

Nunca viajé en un salón comedor más alegre, más vital. Los peronchos ni siquiera eran de los sindicatos. Algunos habría, pero eran de todas partes. Se ve que les habían avisado: la CGT compró el tren para ustedes, vayan, viajen a Buenos Aires y despídanse del General Perón. Esta noche, el *Rayo de Sol* es de ustedes. Vaya uno a saber desde dónde vendrían, desde qué barrio alejado del centro, de casas bajas, algunas de material, otras no, todas pobres. En esos barrios solía haber siempre un cine. A veces me largaba hasta ahí para compartir con los negrazos cordobeses alguna película especial, de esas que podían despertar su hilaridad. Durante esos años el humor cordobés estaba de moda. La revista *Hortensia* se leía tanto en Buenos Aires como en la ciudad mediterránea en que se hacía. El esquema básico de sus chistes solía repetirse pero era arrasador, irresistible. Alguien preguntaba algo y el otro respondía con un disparate inesperado y absoluto. “¿Te gusta el quesillo ‘e cabra?” “No, si me vuá gustar la caca ‘e loro.” Por ejemplo. Mi predilecto era uno que –en su esencia– era un canto a la amistad. Van dos vagos caminando por ahí y de pronto ven venir a una mujer. Uno le dice al otro: “Mirá, che. Mirá los bigotes que tiene esa hembra”. “No seas grosero, caray. Es mi hermana.” “Por eso mismo. Mirá lo lindo que le quedan.” O también el del florista. Hay un tipo sentado en la vereda, rodeado de flores y con un cartel que dice: “Vendo flores”. Una mujer le pregunta: “¿Usted es el florista?”. “No, si vuá sé el Monumento a la Primavera.” El cine se llamaba *9 de Julio* y me tomé un taxi que demoró cerca de 15 minutos. Daban *Fuego* con Isabel Sarli. Grave problema tenía la Coca. Algo así como *fiebre uterina*. Quería coger todo el tiempo. Hasta con los caballos cogía. Armando Bo, su marido, la lleva a un ginecólogo. “Revisela, doctor. Algo raro le pasa.” Aquí las carcajadas reventaban el cine. Y los gritos, los chillidos y las frases jodonas, con ese acento hecho para la tomadura de pelo, la respuesta filosa. “¡No le pasa nada! Gana di coger tiene. Nada má.” El ginecólogo se pone los guantes de goma e introduce sus

manos entre las piernas de la Coca. Ella pone cara de “no aguanto más, no aguanto más”. Y tiene un orgasmo. Plano del médico: cara de asombro. No lo puede creer. Sale y le dice al marido: “Su esposa tiene un problema grave”. Otra carcajada devastadora. Las paredes del *9 de Julio* tambalean. Alguien grita: “¡Qué grave ni qué pelotas! ¡E’ puta nomá!”.

Ahora estaban aquí, donde nunca o casi nunca habían estado. En el salón comedor del *Rayo de Sol*. Me siento a una mesa y pido un cuartito de tinto y lo que hubiera.

—Hay vitel tonel —me dice el mozo. El mozo tiene esa modalidad: al vitel thoné le dice vitel tonel. Posiblemente exista en su alma un poeta escondido, un amante de la rima. Si la primera parte se dice: vitel, ¿cómo no va a ser tonel la segunda?

—Bueno —le digo—. Que sea un vitel tonel, entonces.

Los peronchos comen, beben y cantan. De la marcha peronista ya se hartaron. El que tiene la guitarra ensaya algo distinto: “*Yo no le canto a la luna, porque alumbra, nada más, le canto...*” “¡Callate, boludo, querís!” le gritan. “Andá cantale a tu hermana, la muy puta.” Algunos discuten de fútbol. Son, como siempre, los de Belgrano contra los de Instituto. Las puteadas suben de volumen, de frecuencia, rebotan por todas partes hasta que penetran por los oídos con ganas de reventarlos. Uno se trepa a una mesa y se pone a recitar lentamente, con gran seriedad, como si de Neruda se tratara:

—Te lo aviso, Negro: se están cogiendo a tu hermana en el fondo del jardín.

Tres mesas más allá (¡lo tenían planeado!) se trepa otro a otra mesa y contesta:

—A mí que carajo me importa si no me cogen a...

No puede terminar. Un grandote lo agarra de las piernas y lo tira contra la ventana. Que, por suerte, no se rompe. Pero la cara del peroncho queda ladeada y sangrando. El grandote, de un salto, se trepa a la mesa y, en muy alta voz, dice:

—¡Silencio, compañeros! ¡Basta de joda! Acá estamos yendo a un acontecimiento de trascendental importancia nacional. Estamos yendo, compañeros, al velatorio de nuestro líder el general Juan Domingo Perón, que Dios lo tenga en su gloria. Respeto entonces. Déjense de joder, carajo. Basta de gritos, basta de cantos sin decencia, sin ton ni son. Cómense todo lo que quieran. Chúpense lo que se les dé la gana. Todo está pago por los compañeros de los sindicatos. ¡Pero respeto a la muerte! Y sobre todo: a la muerte de nuestro benefactor, del líder de todos los negros argentinos. Que venimos a ser nosotros por si todavía no se han enterado. O no se han mirado al espejo con la correspondiente atención. Se vienen tiempos difíciles, compañeros. Siempre que se nos fue el General nos jodieron. En el ’55, cuando lo echaron, nos jodieron. Y cuando no se nos fue, sino que todavía no había venido, antes del ’45, antes de ese 17 de octubre que todo peronista lleva en su corazón, nos habían recontrajodido. Y ahora, compañeros, ahora que nos deja para siempre, ¡a prepararse! Porque si para siempre nos deja, para siempre nos van a querer joder. Así que basta de joda. Hay que prepararse para otra cosa, compañeros. Hay que prepararse... Prepararse... ¡Para que no nos jodan más, compañeros!

Estallan los vítores, se alzan los vasos, se arrojan al aire las más gloriosas puteadas que el habla popular ha sido capaz de construir en un país con impetuoso talento para hacerlo. Terminó mi comida, vació mi último vaso de vino y regreso al camarote. A través del pasillo siguen corriendo los peronchos. No se detienen nunca. Siempre son otros. Nunca los mismos. Parecen infinitos. Entonces incurro en un acto inesperado. Habrá sido el vino, sí. Eso habrá sido. Porque ahora recuerdo que —después de la primera botella— pedí otra. El caso es que no puedo evitarlo. Es un acto de maldad. Quién podría dudar. Un acto de pura maldad. Pero no siempre podemos evitar ser malos. Sobre todo con un tipo tan insignificante, con un excremento magro como el ser aterrorizado que se pertrecha dentro del camarote. Pego un furibundo puñetazo en la puerta. Casi me rompo la mano.

—¡Abrí gorila e mierda! —grito con voz ronca, con voz de peroncho salvaje, violador de todo lo que la ardua civilización ha santificado—. ¡Abrí o te tiramo la puerta abajo! ¡Abrí, gorila cagón! ¡A vo te queremos! ¡Te vamo a’cer la refalosa!

Me voy, confundido entre los peronchos. Desaparezco durante un buen rato. ¿De dónde saqué lo de la refalosa? Sé de dónde. Del poema de Ascasubi. Del que Borges y Bioy ponen como acápite para *La fiesta del Monstruo*. Pero, ¿por qué se me trepó a la memoria, se me vino a la cabeza como el tinto barato del salón comedor? Otra vez al camarote. El desfile sin control, alocado, de peronchos ha decrecido. Golpeo tres veces la puerta. Son tres golpes suaves, razonables, desprovistos de toda agresión. Nadie responde. Digo:

—Soy su compañero de camarote. No tenga miedo. No hay nadie conmigo.

Otra vez: sólo el silencio, ni un pequeño, miserable ruido ahí dentro. Golpeo dos veces más. Ahora podría decirse: casi amorosamente, con ternura.

—Soy yo, amigo. Ábrame. ¿No me va a dejar a dormir entre estos negros de mierda, no? Piénselo. ¿Le gustaría que alguien le hiciera eso a usted?

Ahora funciona. No le gustaría que *nadie* le hiciera eso a él.

Por consiguiente, él, un hombre de bien, no puede hacérselo a otro. Entro.

—Cierre rápido. ¡Rápido!

Cierro. Está contra un rincón. Está pálido, tembloroso, siempre con esa transpiración fría, la transpiración del miedo. Sé que este tipo es esquemático. Pero la realidad suele serlo. Ese hombre, no otro, me encontré esa noche en el camarote. Ese hombre, ahí, contra ese rincón, devorado por el miedo, es el perfecto pequeñoburgués que va a aceptar cualquier cosa que lo calme. Lo que sea. Si es una dictadura con cien mil muertos, eso.

—Ya van a ver —dice de golpe—. Ahora no los va a defender nadie. Ahora van a tener que pagar. Ahora, nosotros, vamos a vivir tranquilos. Y ellos van a tener que trabajar como perros y por salarios de mierda. Si es que les damos trabajo.

Me pide que le deje la cama de arriba, que ahí se siente más seguro. Le doy el gusto. Me pongo el piyama, acomodo mis dos almohadas, apoyo la cabeza y me canto el inicio de la séptima sinfonía de Bruckner. Me lo canto para mí, es un murmullo interno y cálido. Es el arroyo de la belleza. Hace años que vengo haciendo ese ejercicio. Que sea algo tan monumental como la séptima de Bruckner es azaroso. Así surgió y así quedó. Pudo haber sido otra cosa. El tango *Sur*. O *Tanguera*, esa hazaña instrumental de Mores que tanto me gusta. Me gusta Mores. Claro que sí. *Tanguera* se la robó a Schubert. Pero —si de robar se trata— supo a dónde ir.

7

Nos citamos con Miguel en la confitería Berna, que está en diagonal al Teatro Liceo. Me gusta la confitería Berna. Siempre que voy anuncio que “Voy a vivir mi etapa de Berna”. A Miguel lo tengo hartado con esto, pero otros —que no entienden nada— se deslumbran cuando les aclaro por qué digo eso.

—El joven Hegel tuvo tres períodos fecundos —suelo explicar—. El de Berna, el de Frankfurt y el de Jena. El de Berna, 1793-1796. El de Frankfurt, 1797-1800. Y el de Jena, 1801-1807. El más importante, el de Jena. Ahí escribe la *Fenomenología del Espíritu*. Y una célebre carta a Niethammer en la que —luego de la batalla de Jena— confiesa que ha visto a Napoleón montando su caballo: “He visto al emperador —esa alma del mundo— salir a caballo de la ciudad para un reconocimiento; es ciertamente una sensación maravillosa la de ver a un individuo tal que, subido a un caballo, concentrado en un punto, abarca el mundo y lo domina”.

—Y eso que no lo vio a Perón montado en el caballo pinto —dice Miguel—. Si no, imagínate las boludeces que habría escrito.

—Nosotros sí lo vimos. Vimos las fotos y escuchamos a los viejos peronchos hablar de esa figura que los deslumbraba. Más que verlo, recibimos el impacto del mito.

Miguel enciende uno de sus *Particulares*.

—Así nos fue. Pensé en vos. Pensé en todas las boludeces que escribiste.

—Nunca escribí sobre el caballo pinto. Nunca dije que Perón era el alma del mundo.

—Te faltó poco.

El día es gris, con esas nubes que pesan, que sofocan, que quitan espacio, que no dejan ver nada si uno mira hacia arriba. Toda la zona del Congreso revienta de gente. Son casi las dos de la tarde. Comemos algo y pedimos vino. Vienen los militantes que responden a Miguel y lo llenan de informaciones. Que la conducción de los montos hizo la cola para ver el fiambre del Viejo. Que nadie los molestó. Que también estuvo Ortega Peña. Cámpora. Que lo de los montos, lo de hacer la cola, le cayó bien a todo el mundo. “Si no hacían la cola, no los dejaban entrar”, dice Miguel. “Que no exageren.” Se van. Le digo a Miguel que yo no voy a hacer la cola y que me importa nada o menos que nada verlo muerto a Perón. Que no me gusta ver muerto a nadie. Está mirando a través del ventanal.

—Vos no hacés la cola de fiaca —dice.

—Puede ser —confieso—. Es un motivo. Cansarse para ver a un muerto es cansarse al pedo.

Miguel me sirve más vino.

—Dale, tomate la copa entera. La vas a necesitar. Mirá quién está ahí.

Miro y la veo. Está con una bufanda blanca, con un camperón blanco, con botitas bordó de taco muy alto, y con una boina también blanca con un pompón bordó, que le hace juego con las botitas. Qué lo parió, cómo empilcha. Seguro que se vino en el primer vuelo de la mañana o en algún avión privado. Está con gente importante, todos del sector educativo. Hasta Puiggrós está. Hasta Kestelboim. Hasta Ibarlucía. Y ella, deslumbrante, habla moviendo apasionadamente las manos, y todos la escuchan, los viejos y los jóvenes. En un punto todos coinciden: si pudieran se la cogerían durante una entera semana. Pero Rosa no parece advertirlo o se hace la boluda, táctica que las mujeres deben practicar sabia y casi ininterrumpidamente para convivir con los hombres.

—¿No te la cogiste en Córdoba? —pregunta Miguel.

—Es mucha mina para mí.

—Para mí también —dice Miguel, que tiene dos o tres años menos que yo—. Mirala —dice con placer, con admiración—. Ahí la tenés. En medio de la historia. ¿Te das cuenta? Esto es la historia. Estamos mirando la historia a través del ventanal de la confitería Berna. En el centro mismo de la historia está Rosa Ferrero y vos no te animás a ir hasta ella, agarrarla de un brazo y decirle vení, vamos, rajemos de aquí, me muero por cogerte, estoy tan loco, tan caliente, que si no venís te arrastro de los pelos, de esos pelos colorados que tenés debajo de esa boina que te pusiste y te queda fantástica.

Me sirvo hasta el borde un vaso de tinto y me lo liquido de un trago.

—Va a ser imposible —digo.

—También era imposible que se muriera Perón —dice Miguel—. Y aquí estamos, velándolo.

Me pongo en pie. Me cierro el gabán de cuero. Hoy la historia no está aquí adentro, en Berna. Tengo que salir. Hoy tengo que ganar la batalla de Jena. Ser el alma del mundo a caballo.

—No me esperes —le digo a Miguel.

Salgo de la confitería y camino hasta ella, hasta Rosa. Hasta su boina blanca y su pompón bordó. Me ve llegar. Sonríe. Me da ese besito insustancial, baladí, que apenas si dice hola, qué tal, me alegra verte. Y después:

—Disculpame, ahora no podemos hablar. Estoy en medio de una reunión...

—Rosa —la interrumpo—. No me importa tu reunión. Tengo algo demasiado importante que decirte.

Se aparta un poco de su grupo. Con cierta preocupación, dice:

—¿Pasa algo?

—Sí, todo esto pasa. Se murió Perón. El día está gris. Aunque nadie lo admite, la Muerte nos perfora todas las corazas, nos llena de angustia. Y hace frío. Y uno necesitaría algo de calor. Algo que le ratifique que la vida continúa.

—Oírme, aparte de eso tan terrible, ¿pasa otra cosa? ¿Se levantó la Marina? ¿El Ejército tomó la Casa de Gobierno?

—Rosa.

—Sí.

—Yo no soy muy bueno en la cama.

Me mira largamente. Le cuesta creer que he dicho eso que dije.

—Perdoname —dice—. Sólo una pregunta: ¿a mí qué mierda me importa que vos no seas muy bueno en la cama?

—Esto es un velorio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, la gente, en los velorios, hace tres cosas. Una, llora. Dos, cuenta chistes. Tres, se mete en cualquier parte y coge. Son tres formas de escaparle a la angustia de la muerte.

—Insisto, eso, ¿a mí qué mierda me importa?

—Hoy, a mí, la muerte del General me provoca una angustia intolerable. Y pensé: si cojo, se me pasa.

Se ríe un rato. Y luego:

—Ahora entiendo. Te querés levantar a una mina y andás con las defensas bajas. Que no sos bueno en la cama y todo ese asunto. Escuchame, José: un hombre es tan bueno o tan malo en la cama como la mujer que tiene al lado. Respiro aliviado. En serio, me dio confianza. Me dio la gran mano que necesitaba. Qué mina inteligente, qué sabiduría.

—Rosa —le digo—. No me quiero levantar una mina. O sí. Pero no cualquier mina.

—Yo —dice, muy seria.

—Dale, sé buena. Vení. Qué te cuesta. Es el día de la muerte de Perón. Si hoy no hacemos una locura nunca más la vamos a hacer. Rosa, puede ser el último polvo feliz de nuestras vidas.

—La semana que viene me voy del país —dice.

—Con más razón. Nada de lo que se viene puede ser bueno.

—¿Y a dónde me vas a llevar? ¿A uno de estos hoteluchos de mierda de la Avenida de Mayo?

—El lugar no importa. Si estamos nosotros, se va a transformar en un palacio.

—Parece un cuento de hadas.

—Es un cuento de hadas. Una mina joven y un tipo joven que se fueron del velatorio de Perón para buscar un poco de calor, un poco de vida antes del apocalipsis. Dale, decí que sí.

Gira y mira a sus colegas. Todos siguen discutiendo acaloradamente. Pero a todos se les ve el miedo en alguna parte, en un gesto, en un temblor de labios, en un tic nervioso, en una tos excesiva, hasta en el modo de escupir contra la calle húmeda, dura. Rosa Ferrero gira hacia mí. Me clava sus ojos claros. Se pasa la lengua por los labios. Respira hondo y va a decir algo. Juro que lo sé. Va a decir que sí.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Consideraciones teóricas